



Escrita por Flavia Radrigán, “El descanso de las velas” explora las heridas psíquicas heredadas de la dictadura desde la mirada de las hijas.

TEATRO FINIS TERRAE
GAM



La posibilidad de reconstruir a la inmensa poeta e intelectual Gabriela Mistral se ve en “Mistral”, de Andrés Kalawski, y dirigida por Aliocha de la Sotta.

las inequidades de su lugar de nacimiento, de un contexto agresivo y de la violencia o abandono institucional. Esto se expuso en la obra “Carnaval”, de la directora y actriz Trinidad González. Allí tres actores interpretaron, con rostros tiznados y cuerpos trémulos, a estos distintos niños cuyo denominador común es el sufrimiento infringido por los adultos en situaciones de guerra, migración ilegal, hogares (como el Sename), abusos de la Iglesia, explotación laboral y más. Niños que crecerán con una rabia del tamaño de sus vidas.

En estos días algunos investigadores y activistas han organizado cabildos con estos ciudadanos “menores”, y tanto sus frases como sus dibujos dan cuenta de que no están ajenos, y no podrían, de

“El teatro siempre ha sido lo político y lo público, tiene la capacidad de ser una herramienta de advertencia, de denuncia y de sueño”.



“Carnaval”, de la directora y actriz Trinidad González, aborda el lugar de los niños en la sociedad.

este sistema cruel y abusivo. Sin duda, esto es algo a sumar en nuestro nuevo pacto social: el fin de la vulneración de los derechos de la infancia.

Y aunque resulte curioso, la obra “Mistral”, de Andrés Kalawski, y dirigida por Aliocha de la Sotta, que giraba principalmente en torno a la posibilidad de reconstruir, al menos ficticiamente, a esta inmensa poeta e intelectual, dejaba constancia de sus ácidas críticas a la identidad nacional como cuando aseveró: “¿Qué hay de Chile que no sea odioso? Esa adoración perpetua de la colonia, esa masedumbre, esa chatura, como si el país hubiera gastado toda su creatividad en el paisaje”. Porque en nuestro modelo social no solo está la herencia de la dictadura, sino un paradigma histórico de pensarnos como patrones e inquilinos. Al mismo tiempo, se confrontaba a una joven militante que la presionan a comprometerse con la lucha de la disidencia sexual y salir a marchar por las calles.

Por otro lado, una obra escrita en plena dictadura, “La secreta obscenidad de cada día” (1983), de Marco Antonio de la Parra, que aludió a ese pasado violento y torcido, articulado tras el manto de un diálogo desopilante entre Marx y Freud, cuyos discursos entre las pulsiones y el materialismo histórico o lo individual y lo colectivo eran de total vigencia, se escondía a dos ciudadanos quebrados, traicionados y traidores. Quizás las imágenes de lo obsceno han ido mutando.



“Telúrica”, de Ana Barros, incluye canto y coreografía.

En otro registro, dos obras exploraron las heridas psíquicas heredadas de la dictadura desde la mirada de las hijas, y cómo lidiar con ese dolor y resiliencia. Fue el caso de “El descanso de las velas”, de Flavia Radrigán, y “Telúrica”, de Ana Barros. Ambas incluyeron canto y coreografía, respectivamente. De un modo tangencial, el montaje de “Mi mundo Patria”, de Andrea Giadach, apuntó al sentimiento de desarraigo y violencia en contextos donde la pertenencia se hace añicos.

Y, por último, justo antes del estallido se presentó “La Pérgola de las Flores”, de Isidora Aguirre, bajo la dirección de Tito Noguera (premio nacional de las Artes de la Representación) y María de los Ángeles Calvo; con un cierre de primera temporada insólito: un balín disparado por fuerzas especiales impactó en el rostro de la actriz María Paz Grandjean cuando salía de la función, como muestra y botón de la represión y de balines a mansalva. La actriz debió ser llevada de emergencia y estuvo dos semanas en recuperación. Paradójicamente, interpretaba a Laura Larraín, una de las mujeres de clase alta que buscan proteger sus privilegios a toda costa.

Este clásico, de 1960, regresa a las tablas con una versión vibrante, y ya sabemos, tras el halo encantador del género musical hay una contundente crítica social a partir del caso de la pérgola frente a un proyecto de moderniza-

ción de la ciudad, que las desplaza, movido por el interés económico de políticos y algunos dueños. Y aquí es donde aparecen los intereses de grupos poderosos, también de absoluta vigencia hoy, que solo se guían por el cortoplacismo de los retornos de sus negocios particulares sin considerar los daños colaterales colectivos (de las personas y del medio ambiente). En esta historia, las pergoleras/floristas —encabezadas por doña Rosaura, Charito y doña Ramona— se organizan aliándose con estudiantes, obreros y artistas para que las ayuden a defender su causa, y de hecho declaran: “Si hay que pelear, peleamos”. Una lucha hecha de argumentos ingeniosos, organización civil, pancartas y canciones.

Es asombroso ver que este clásico teatral señala, sesenta años después, a uno, entre muchos, de los núcleos del descontento social: la prevalencia de los intereses privados sobre los intereses públicos. Además, habría que destacar que este espectáculo se hizo con músicos en escena, liderados por Cuti Aste, y coreografías virtuosas. Todo esto, dentro de una escenografía moderna, móvil, que incorpora proyecciones de Delight Lab, el colectivo de artistas responsables de los mensajes lumínicos proyectados en el edificio de la Telefónica con frases poderosas como “Dignidad”; “El derecho a vivir en paz”; “Chile despertó”; “No estamos en guerra”; entre otros.

El arte es una caja de resonancia que guarda las capas geológicas de nuestro malestar; es memoria, presente y futuro. El teatro siempre ha sido lo político y lo público, tiene la capacidad de ser una herramienta de advertencia, de denuncia y de sueño. Acá recuerdo una frase de Heiner Müller: “El teatro es siempre una reflexión sobre el terror, el terror ideológico, el terror social, el terror que incluso puede sentir alguien ante sí mismo”. Quizás es un momento para prestar atención a eso que se va fraguando en las letras y en las tablas para evitar llegar a estadios de rabia y desesperación. O bien, para alentar el despertar y así imaginar otra forma de vida. Por mientras, lo político y público se ha instalado en las calles, en cada marcha, esperando que el teatro regrese, porque como dijimos hace unas semanas, “el teatro no puede desparecer, porque es el único arte donde la humanidad se enfrenta a sí misma” (Arthur Miller).